

Las luces que se encienden en la procesion, ó durante la misa, y que brillan por la noche en nuestros templos, son tambien una reminiscencia de las siguientes palabras del cántico de Simeon : *Este Niño será la luz de Israel*. Entonces cada fiel, con su vela encendida en la mano, recuerda las disposiciones de viva fe y ardiente caridad con que debe irse al encuentro del divino Cordero : ¡tierno símbolo que nos da á todos ancho campo para hermosa y sublime meditacion! ¿Lo hemos meditado seriamente alguna vez? Si debiéramos contestar al momento, á buen seguro que tuviéramos que decir : *No*. Pero mañana podremos decir *Sí*, ¿no es verdad?

V. Disposiciones para la fiesta. — Si queremos celebrar útilmente la fiesta de este dia, procuremos penetrarnos bien de los tres misterios que nos representa. Admiremos la profunda humildad de la Virgen santísima, implorémosla, y sobre todo esforcémonos en imitarla : sea esta virtud, base y guardadora de todas las demás virtudes, el objeto constante de todas nuestras oraciones y meditaciones, ahora sobre todo que el mundo parece por causa del orgullo y del espíritu de independenciam. Contemplemos el celo generoso y solícito del niño Jesús : roguémosle que encienda este celo en nuestros corazones; haremos de ver que tenemos tan poco, precisamente ahora que tenemos tantas ocasiones y tantos motivos para ejercitarlo. Por último, tomemos parte gozosamente en la felicidad de Ana y de Simeon : aprendamos con su ejemplo á anteponer á Dios y su gracia á todas las demás cosas, y pidámosle encarecidamente que nos despegue de todo lo que no sea él.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber inspirado á vuestra Iglesia la institucion de la fiesta de la Purificacion; hacednos la gracia de que imitemos los bellos ejemplos de humildad y obediencia que Jesús y María nos dan en tal festividad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, purificaré cuidadosamente mis intenciones cuando vaya á la iglesia.

cum eodem mense, hoc est hodierna die, in honore S. Genitricis et perpetuæ virginis Mariæ non solum clerus, sed omnis plebs Ecclesiarum loca cum cereis et diversis hymnis lustrantibus circumeant. (S. Idelfon. 7 *Secl. Script.* t. XII; Bibl. PP. p. 589.)

LECCION XXXII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Misterios de la santa infancia. — Sabiduría de la Iglesia. — Misterios de la vida pública de Nuestro Señor. — Obligacion de imitar á Jesús penitente. — Contestacion á las objeciones del mundo. — Necesidad general de la ley de la abstinencia. — Preparacion para la Cuaresma. — Septuagésima, Sexagésima, Quincuagésima. — Oracion de las cuarenta horas. — Miércoles de Ceniza. — Penitencia pública. — Cuatro órdenes de penitentes.

I. Misterios de la santa infancia. — Así como la primavera siembra la tierra de flores, así la Iglesia ameniza la triste y fria estacion del invierno con las santas fiestas que vienen á ser otras tantas flores en la vida del pueblo cristiano. Navidad, los santos Inocentes, el dia del año nuevo, los Reyes, ¡qué serie de dias tan alegres! El mundo celebra tambien sus fiestas en la estacion de los frios : los festines, las danzas, los teatros y otros ruidosos placeres se suceden, y atraen continuamente á sus apasionados. Empero las fiestas del mundo, fuente de disipacion y con harta frecuencia de inmoralidad, excluyen á una gran parte de la sociedad, porque los pobres no pueden participar de ellas; al revés de las fiestas cristianas, á las cuales son admitidos y convidados todos los hijos de la gran familia, y donde cada uno disfruta, no segun su ciencia, dignidad ó riqueza, sino segun la pureza de su corazon. Bajo este respecto las fiestas cristianas son altamente sociales; y lo son tambien en cuanto tienen por objeto aumentar la felicidad del hombre haciéndolo mas bueno, pues no hay virtud que no le prediquen, ni sentimiento honroso que no le infundan, ni leccion saludable que no le enseñen.

Así pues, durante el Adviento, la Iglesia emplea sucesivamente el lenguaje de Isaías y de Juan Bautista para despertar en el corazon del hombre el sentimiento de la esperanza. Rey destronado, desterrado, proscrito, dice al género humano, no te queda mas que un solo bien, y este bien es la esperanza. Espera, pues, desea, suspira, que en breve vendrá tu Libertador. Por otra parte, la caída del hombre, su redencion, las cualidades del Redentor y los medios de aprovecharse de esta redencion, ¿no forman, por ventura, toda la historia de la humanidad? ¿Puede darse una leccion mas profunda de filosofía, ó un medio mas propio para orientar al hombre en el

⁴ Cuadro poético de las fiestas, pág. 78.

tenebroso camino de la vida terrenal? El día de Navidad, la Iglesia nos dice con la voz de sus mil campanas, con sus alegres cánticos y con sus pomposas ceremonias: Después de una larga expectación, ha llegado el Mesías, nos ha nacido un Niño, hásenos dado un Hijo; y los corazones se dilatan, y la ternura, la piadosa compasión, las más dulces lágrimas, una santa confianza y todos los sentimientos que puede inspirar un Niño que nace por amor de nosotros en una noche de invierno y en una gruta húmeda y expuesta al soplo helado del aquilon, mueven al rico, consuelan al pobre, estrechan los vínculos de fraternidad entre los hombres, é inducen á la práctica de innumerables virtudes.

Pero la Iglesia no ha olvidado las palabras del divino Maestro: « En verdad os digo, que si no os volviéreis é hiciéreis como niños, » no entraréis en el reino de los cielos⁴; » y para comunicar á los Cristianos el carácter, los sentimientos y virtudes de esta divina infancia, ofrece por espacio de cuarenta días á nuestras meditaciones al Hijo de Dios envuelto en las mantillas de su cuna, con lo que la Iglesia se muestra la amiga más ilustrada de la sociedad. Y en verdad, ¿de qué procede el fraude, la disimulación, la hipocresía, el egoísmo, el espíritu de incredulidad y de insubordinación, en una palabra, todos esos vicios asquerosos que emponzoñan tantas existencias y ponen al mundo al borde de un abismo, sino de haber desaparecido casi enteramente el admirable carácter de la infancia evangélica? ¡Honor y reconocimiento á la Religión que, presentándonos por modelo un Niño-Dios, procura con el mayor ahínco imbuirnos unas virtudes cuya práctica aseguraría desde luego la dicha de los individuos, de las familias y de los pueblos!

II. Misterios de la vida pública de Nuestro Señor. — La Iglesia, después de habernos hecho meditar la primera página de la vida del niño Jesús, pasa á la segunda. El Salvador ha crecido en edad, en ciencia y en sabiduría delante de Dios y de los hombres. También nosotros debemos crecer en todas estas cosas, siguiendo á nuestro modelo en su nueva carrera. Aquí se abre ante nosotros la historia de los dolores del Hombre-Dios. Expiador de nuestros crímenes, aparece humillándose en las orillas del Jordán, y recibiendo de manos de Juan Bautista el bautismo de la penitencia; ayunando en el desierto, expuesto á las humillantes asechanzas del espíritu tentador, saliendo, en fin, de su retiro para sembrar el triple beneficio de sus ejemplos, de su doctrina y de sus milagros entre los pobres de Galilea, de Samaria y de Judea. Siendo nosotros culpables, con mucha más razón debemos expiar como él, es decir, humillarnos, ayunar, gemir y orar. Por esto la Iglesia en su maternal solicitud quiere que cada uno de

⁴ Matth. xviii, 3.

nosotros imite esta segunda página de la vida del divino modelo: de ello depende nuestra salvación eterna y aun nuestra felicidad temporal. Pero ved aquí que la Iglesia nos anuncia la vuelta del ayuno solemne: va á empezarse la Cuaresma. Como criatura, el hombre debe prestar homenaje al Criador, y como criatura culpable, ha de hacer la debida expiación.

III. Necesidad de la abstinencia. — Aquí el mundo, que ignora cuál es la condición del hombre en esta tierra de transición, exclama: Ese culto es un culto de abstinencia y privación, y por tanto no puede menos de agravar los males inherentes á nuestra naturaleza, y convertir á los hombres en esclavos.

Decís que el Catolicismo es un culto de abstinencia y de privación. Sí, en verdad, porque es un ejercicio continuo de virtud, y la virtud no se adquiere sino á fuerza de trabajos y batallas. Abrid los fastos de la historia, recorred la vida de los hombres grandes de los siglos pasados, y ved si hay uno solo digno de este nombre que no haya comprado un poco de celebridad con grandes sacrificios: ved de qué modo se formaban aquellos varones esforzados en las antiguas repúblicas de Roma y Lacedemonia. En todas hallaréis la austeridad de vida, la abstinencia, las privaciones, el espíritu de *sacrificio* elevado hasta el heroísmo; lo cual os probará que todo esto es muy conforme con una naturaleza sabiamente ordenada.

Pero la Religión enaltece todavía inmensamente la naturaleza, y colma de dulzuras la práctica de esos importantes deberes. Mucho os equivocáis pensando que sea penoso para el cristiano el multiplicar sus sacrificios para la práctica de la fe, pues lejos de esto, la idea consoladora de obedecer á su Padre celestial y de acostumbrarse en su presencia á vencerse á sí mismo le hace suave y fácil el precepto de la abstinencia. Desde entonces no ve en él más que un medio de probar á Dios su amor y respeto filial, sentimiento lleno de delicadeza, desconocido á los hijos del siglo, que nos mueve á ofrecer al Autor de la naturaleza una pequeña parte de los dones que cada día recibimos de su suprema bondad. Solo á los corazones amantes y sensibles es dado el gustar las delicias de semejante obediencia.

Dice también el mundo: Es dudoso que Dios prescriba estas privaciones, supuesto que nos ha dado los bienes para que usemos de ellos con moderación todos los días de nuestra vida.

Y pregunto, ¿qué razón hay para suponer que Dios mire con indiferencia este culto de renunciación? ¿Nos habrá dado los bienes para que usemos de ellos á la manera de los brutos, esto es, sin reconocimiento ni amor? Siendo, como somos, unos seres débiles y limitados, ¿de qué modo podemos probarle nuestro agradecimiento á sus beneficios, sino prestándole continuo homenaje? Todos los pueblos de la tierra nos dan diariamente este ejemplo de sumisión y obediencia. He-

rederos, aunque infieles, de las tradiciones primitivas, han conservado esta parte del culto público, aun entre las tinieblas del Paganismo; y, así como no hay pueblo sin religion, no hay religion sin culto de abstinencia: testimonio unánime del género humano en favor de esta parte de nuestros ritos, que, sin aumentar la santidad de su observancia, confirma á lo menos su práctica como esencial al culto público y dictada por un mismo espíritu á todas las conciencias. Esto nos prueba cuán vana es la sabiduría del mundo que quisiera suprimir de la Religion ese testimonio, y que los hombres gozasen de todos los bienes, como si no hubiera Dios en el universo.

Estos bienes, decís, nos han sido dados para que usemos de ellos con moderacion todos los dias de nuestra vida.

Pero para proceder con tal moderacion ¿pensais que basta quererlo? La frugalidad y la templanza sponen un continuo ejercicio de privacion: el que no sabe abstenerse algunas veces de los placeres lícitos, difícilmente podrá resistir á la seducción de los ilícitos. La virtud se sustenta con sacrificios: cada abstinencia, cada mortificación que prescribe es una nueva prueba que nos pide de nuestro amor; es un nuevo vínculo con que pretende adherirnos á sus santas leyes. Porque es tal la naturaleza de nuestro corazon, que un sacrificio nos dispone á otro sacrificio, hasta que por último ningun esfuerzo se nos hace penoso cuando se trata de conservar, junto con el inestimable recuerdo de una virtud probada, el aprecio de nosotros mismos y el fruto de una larga constancia. De un modo semejante el labrador acaba por aficionarse al campo que riega con sus sudores, y el militar á la guerra que le cuesta la sangre y los miembros. ¡Oh hombres, quienquiera que seais, tened entendido que no seréis dignos de la virtud mientras no le profeseis un verdadero amor; y ya sabeis que el amor no se aviene con el cálculo!

De consiguiente las privaciones y la abstinencia son una condicion necesaria de la virtud. Pero el hombre es tan poco amigo de violentar sus inclinaciones, que se entrega á la corriente de sus deseos como un navío desarbolado que vaga á merced de las olas hasta que se estrella en los rocas. La Iglesia, que nos conoce y ama como una tierna madre, ha prevenido la ligereza de nuestro espíritu oponiendo una barrera sagrada á los impulsos de nuestro corazon. Sus leyes acerca del ayuno y de las privaciones son la salvaguardia de la virtud del hombre y del bienestar de la sociedad.

Empero esas leyes deben considerarse todavía bajo otro aspecto. La Iglesia, con su mirada iluminada por la fe, ha penetrado hasta lo íntimo de la naturaleza humana. El hombre es culpable; y de ahí es que todos nosotros, reyes y súbditos, ricos y pobres, debemos purgar nuestras culpas. Solo los sofistas pueden hablar á sus discípulos como á unos seres impecables, excluyendo de su moral cuanto tiene rela-

cion con el pecado y la expiacion del hombre. La verdadera Religion ha sabido buscar en otros principios el fundamento de la regla eterna de las costumbres. Toda falta demanda una pena, todo delito un castigo, ó del contrario, es menester borrar de la inteligencia humana toda idea de justicia. Esto supuesto, el católico que se cree culpable (¿y qué hombre puede llamarse inocente?) se castiga á sí propio de sus pecados privándose en todo ó en parte de los mismos bienes de que ha abusado; pues considera justo y razonable reparar de este modo sus excesos con sus austeridades, y reconquistar el imperio de las pasiones contrayendo unos hábitos opuestos á los que se lo han enajenado.

Decid ahora si os parece que haya en la penitencia cristiana, en la Cuaresma católica explicada de esta suerte, alguna cosa que la razon mas ilustrada no recomiende al hombre resuelto á separarse de la senda del vicio. Todo filósofo se veria precisado á dar iguales consejos á cualquiera de sus discípulos que se propusiera enmendar los yerros de su vida. Hasta el mismo Epicuro reconoce y enseña la verdad de estos principios, cuando recomienda la privacion como un medio de aumentar el placer del voluptuoso ¹. En resumen, tributar á Dios el debido obsequio, hacer al alma dueña de los sentidos, fortalecer los hábitos virtuosos, expiar los pecados, y preservar nuestras cabezas culpables de los rayos de la divina justicia, tal es el principal objeto del ayuno y de las privaciones.

IV. Preparacion para la Cuaresma. — Para prepararnos al cumplimiento de la gran ley de la penitencia, la Iglesia nos convida á la meditacion tres semanas antes de la Cuaresma. Los tres domingos que preceden á esta se llaman de Septuagésima, de Sexagésima y de Quincuagésima, porque el primero es el séptimo anterior al de Pasion, y los otros dos, el sexto y el quinto, así como el primer domingo de Cuaresma se llama de Cuadragésima por ser tambien el cuarto antes del de Pasion ². Estos domingos y las semanas que les siguen sirven de preparacion para la Cuaresma, pues la Iglesia, en su sábia solicitud, quiere disponernos con sus oficios y con la compuncion del corazon á la práctica de la penitencia corporal, é inspirarnos los sentimientos que deben acompañar el ayuno de la santa cuarentena.

En aquellos dias la augusta Esposa del Hombre-Dios ostenta toda la magnificencia de su Catolicismo: todos los tiempos me pertenecen, nos dice en sus oficios, todos los justos son hijos míos; por esto las tres semanas que preceden á la Cuaresma están destinadas á honrar la memoria de los elegidos de los antiguos tiempos: Adán y los justos que precedieron al diluvio, Abraham y los Patriarcas hasta

¹ Véase Jauffret, *Del culto católico*, pág. 204.

² Rupert. lib. IV *Div. Offic.* c. 3 et 4.

Moisés, y por último los Profetas que vivieron durante la antigua alianza. De ahí deduce la Iglesia el gran motivo y la razón fundamental de la penitencia que va á comenzar. Así es que en el *oficio de la noche* nos describe la historia de la caída del hombre y de su infelicidad motivada por el pecado de nuestros primeros padres, y en la *misa* quiere que nos consideremos como víctimas prontas á recibir la muerte, y que nos acordemos de nuestros propios pecados, para que, convencidos de la necesidad de la penitencia, estemos dispuestos á abrazarla en la época que ella ha designado. Por esta misma razón suprime desde este día hasta la Pascua todos los alegres cánticos, el *Alleluia*, el *Te Deum*, el *Gloria in excelsis*, poniendo en su lugar otros cantos lúgubres y oraciones propias de los días de aflicción.

V. Las cuarenta horas. — Mas en tanto que la Iglesia nos prepara á la santa tristeza de la penitencia, el mundo realiza la terrible profecía del Salvador: *El mundo se gozará, decia á sus discípulos, y vosotros estaréis tristes*¹; *pero ¡ay de vosotros los que reís*², y os entregais á vuestros culpables placeres! En compensación de los muchos pecados que entonces se cometen, se hace el domingo de Quincuagésima y los dos días siguientes la solemne devoción de las cuarenta horas, cuya institución data del siglo xvi. Fué su fundador el P. José, religioso capuchino, que las estableció primeramente en Milan por los años de 1534, á tiempo que el Protestantismo infería tan crueles ultrajes á Nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento de su amor. Fué tal el fervor con que los Milanese abrazaron esta tierna devoción, que á no haberse adoptado ciertas medidas hubiérase agotado anualmente todo el aceite, la cera y las telas preciosas de la ciudad para el adorno de las iglesias. De Milan pasó la piadosa institución á Roma, donde fué recibida con igual fervor por el pueblo y enriquecida de numerosas indulgencias por los sumos pontífices Pio IV, Clemente VIII y Paulo VI, que despues la propagaron por toda Europa³.

El culto de las cuarenta horas, acompañado de la predicación, de la exposición del santísimo Sacramento y otros piadosos ejercicios, sirve: 4º. para aplacar la cólera de Dios irritado por los desórdenes de aquellos días licenciosos; 2º. para apartar de los espectáculos, de los desórdenes, de las locuras é impiedades, á aquellos que pudieran verse arrastrados por la fuerza de la costumbre; 3º. para excitar la piadosa compasión de los fieles hácia Nuestro Señor ofreciendo á su meditación las cuarenta horas que transcurrieron desde su condena-

¹ Joan. xvi, 20.

² Luc. vi, 25.

³ Ferraris, art. *Eucharist.* n. 67-71.

ción á muerte hasta su resurrección; 4º. para prepararnos á la penitencia de la Cuaresma⁴.

La institución de las cuarenta horas nos recuerda las piadosas costumbres de la antigüedad. En efecto, ya en el siglo v la Iglesia había instituido una misa con letanías solemnes y ayunos en oposición á los abominables excesos de las calendas de enero y de otras reminiscencias del Paganismo que se conservan y practican aun entre nosotros desde la Epifanía hasta la Cuaresma. Mas adelante, los tres días anteriores al miércoles de Ceniza llamáronse *días de preparación* (*Carême-prenant*), porque, siendo destinados á la aplicación de la penitencia pública, los fieles iban á confesarse para prepararse á tan santa obra; y cuando por un enfriamiento del antiguo fervor aquellos días recibieron el nombre harto profano de *Carnaval*, la Iglesia instituyó las cuarenta horas para expiar los desórdenes y excesos que en tales días se cometen.

VI. Miércoles de Ceniza. — Terminadas todas las preparaciones para el grande ayuno, la Iglesia da principio á la Cuaresma por medio de imponentes y lúgubres ceremonias. El miércoles de Ceniza el sagrado ministro se presenta en el santuario cubierto con capa pluvial negra, é hincando el coro las rodillas, recitan todos juntos los *siete salmos* llamados con tanta propiedad los *salmos penitenciales*. Ahora vamos á explicar el origen y la significación de las ceremonias de este día memorable.

Todo pecado ha de ser castigado en este ó en el otro mundo; en este por el hombre penitente, ó en el otro por el Dios vengador. Los primeros cristianos y los penitentes de todos los siglos, persuadidos de que, cuanto mayor sea nuestra penitencia, mas grande será la misericordia de Dios para con nosotros, imponíanse generosamente las mas severas expiaciones. Deseosa la Iglesia de generalizar esta santa y provechosa costumbre, escogió el primer día de Cuaresma para imponer la penitencia pública á los que debían ser admitidos á la reconciliación, es decir, á la comunión de los fieles en la fiesta de Pascua. En primer lugar los penitentes se confesaban, y luego iban á la iglesia vestidos de luto y con los piés descalzos. Llegados á presencia del obispo, con la cabeza inclinada, los ojos preñados de lágrimas, en una palabra, con todas las señales de un sincero arrepentimiento, pedían humildemente que se les otorgara la penitencia y la absolución; y el obispo, movido de sus ruegos y lágrimas, poníales un cilicio ó un saco, les cubría la cabeza de ceniza, les echaba agua bendita, y recitaba delante de ellos en voz alta, acompañado de todo el clero postrado en tierra, los siete salmos penitenciales.

Concluidas las oraciones, el obispo y los sacerdotes se levantaban

⁴ Thiers, *Exposición del santísimo Sacramento*, lib. IV, c. 17, 18.